

todo esto lo expresamos bajo determinadas formas, y si bien es verdad que esta expresión figurada le es muy natural al hombre, pues le permite desahogar los afectos de su corazón, y todos los sentimientos de su alma con el fuego de su imaginación, con todo para evitar indiscreciones é imprudencias que podrían costar caras, y saber manejar oportunamente las figuras cuando se presentan espontáneamente en el discurso para darle gracia, calor y energía, pasaremos á tratar de los *tropos* y *figuras* principales.

LECCIÓN XXXI.

Tropos de pensamiento y de dicción.

386. **Tropo**, se traduce del griego *vuelta, mudanza ó traslación*, porque en realidad volvemos la palabra de su sentido recto natural, á significar otro sentido que no tenía, si bien con alguna semejanza en el significado. Así, *bayoneta*, en su sentido propio no significa *soldado*, pues sólo es parte de su armamento; y no obstante, decimos: Esta nación tiene un millón de *bayonetas*, por decir un millón de *soldados*; tomando el todo por la parte, el agente por el instrumento, como otras veces se toma la causa por el efecto, y otras por la señal la cosa significada. Los *tropos* son muy abundantes en los Libros Santos, especialmente en los proféticos del Antiguo Testamento, y esto se comprende al considerar que un lenguaje enérgico los exige de necesidad, pues los *tropos* hacen que sean más sensibles á los demás lo que nosotros experimentamos.

387. Los *tropos* están destinados á producir cuatro efectos principales: 1.º **Dar hermosura al lenguaje**: «El huracán de la revolución hace temblar las testas coronadas.» Pudiendo haber dicho en estilo sencillo: «Los monarcas temen la revolución.» Expresión que no es tan bella como la otra, porque carece de aquella *imagen* que nos representa la cosa como que estuviese á nuestra vista.

388. 2.º **Darle mayor energía**. Logramos con ellos transmitir de un modo más sensible á los demás la impresión que nos domina; v. gr.: Un hombre *ciego* de furor; aquél está *muerto* de cólera; éste se halla *adormecido* en los vicios; el enfermo está en *brazos* de la muerte. La patria *llora* la perdición de sus hijos.

389. 3.º **Templan y modifican las ideas desagradables**. Sirven para no usar palabras indecentes y groseras y tan bajas; v. gr.: «Los malos son la *cloaca* del Estado,» que dijo uno; ésta es demasiado baja. Hemos de valernos de la perífrasis, de la que luego trataremos.

390. 4.º Sirven para poner en cierto modo ante los ojos aquellas imágenes que se nos han presentado para expresarnos, á causa de la vivacidad con que lo sentimos; v. gr.: Duerme como un tronco; corre como un gamo; pesa como plomo; vuela como el viento; le arrastran las pasiones; resbala en un precipicio; resplandece su virtud.

391. Los *tropos*, como se ve, dan alma á los vegetales, vida á los objetos insensibles, á los vientos alas, cuerpo á los pensamientos, y animación á todo el universo; y si no lo hacen, si no producen estos efectos, son defectuosos, hacen el discurso detestable, dice un escritor. Y en efecto, un empleo tan miserable de *tropos* acusaría en el orador muy poco gusto, ó tal vez afectación, presunción, deseos de honra y vana estimación propia, con grande perjuicio de su sagrado ministerio. Apártense las impertinencias, expresiones impropias y bajas, no perdiendo de vista el fin de la predicación evangélica.

392. Los *tropos* son de dos géneros: de *dicción* y de *pensamiento*. Los primeros consisten en el orden y colocación de las palabras; cambiadas éstas ó trastornado el orden, ya no existen tales *tropos*. Los de *pensamiento*, á pesar de tal mutación, siempre existen en el fondo.

393. 1.º Los *tropos* de dicción son: *Metáfora*; *Sinécdoque*; *Metalepsis*; *Metonimia*; *Antonomasia*; *Onomatopeya*, y *Catacrexis*.

2.º Los *tropos* de pensamiento son: *Alegoría*; *Antífrasis*, ó *Ironía*; *Perífrasis*, é *Hipérbole*. De todos los cuales pasamos á tratar.

I.—TROPOS DE DICCIÓN.

394. 1.º **Metáfora.** Es el tropo por excelencia. Se distingue de todos los demás por ser en éste la traslación completa. San Agustín, lo mismo que antes Cicerón, la han definido: *A re propria ad rem non propriam, alicujus verbi usurpata translatio*. En los otros tropos no es traslación completa, porque el término, aunque signifique otras cosas, siempre continúa expresando su propio objeto, v. gr. la metonimia: una armada de cien *velas*, por cien *navíos*.

395. La semejanza que percibimos en dos objetos nos obliga á usar de la *metáfora* para dar más energía á la expresión, sin que manifestemos exteriormente aquella comparación que nuestro entendimiento ha percibido. Digamos, pues, que la *metáfora* es una perfecta comparación abreviada. Nosotros analizamos en un nombre su propio y riguroso significado que nos señala *inmediatamente* un objeto, v. gr. FUEGO, esto es, el material; mas al mismo tiempo concebimos en otro objeto distinto algunas relaciones, ó puntos de comparación, y entonces, por medio de una bella metáfora expresamos con viveza y energía lo que sentimos, *mediante* aquel nombre que nos sirve de punto de comparación y en el cual incluimos entero nuestro pensamiento: Aquel joven se abrasa al FUEGO de sus pasiones. Aquí notamos aquella natural comparación, una perfecta analogía, completa traslación, por la cual un término que tiene su propio é inmediato sentido, pasa á significar otro objeto extraño en fuerza de ciertas relaciones y puntos de comparación que entre ambos existen; y con esto la elocuencia recibe alma, vida y calor de la oportuna metáfora que así anima y da vivos colores y belleza á todo el discurso. Así en este texto del Salmo XLIV, 8: *Dilexisti justitiam, et odisti iniquitatem propterea unxit te Deus, Deus tuus oleo lætitiæ*; aquí la palabra *oleo*, ya pierde su natural y propia significación, ya no significa aquel líquido que sirve para ungir cualquier parte del cuerpo, sino que significa la *unción de la divina GRACIA*, y esto por la comparación del

accite, y la *gracia*, la cual derrama el Señor en las almas justas. «Vosotros sois la *sal* de la tierra,» dijo Jesucristo á sus Apóstoles. Esta palabra *sal* está tomada metafóricamente; porque así como la *sal* tomada en sentido propio preserva la carne de corrupción, así la doctrina de los Apóstoles debía preservar con su virtud de la corrupción de costumbres y del error. *Apagad las llamas abrasadoras* de la concupiscencia. Su pensamiento *volaba* por los espacios imaginarios. Su fama *levantóse á una altura* prodigiosa; *corrió* largas tierras. Se ve con estos ejemplos la energía, viveza y encanto que la metáfora presta al lenguaje, al mismo tiempo que crea un nuevo mundo de ideas, y nuevas formas de bellísima expresión.

396. No hay más diferencia entre la *metáfora*, y la *comparación* ó *simil*, sino que ésta se sirve expresamente de los términos que manifiestan que una cosa se compara á otra para dar más claridad al pensamiento; v. gr.:

Comparación: «Este hombre es como un león.»

Metáfora: «Este hombre es un león;» dicho así simplemente, la comparación no está sino en nuestro espíritu, mas no en los términos, como se ve.

397. «La escasez del lenguaje metafísico, dice el señor Martínez y Sanz, nos obliga á tomar los nombres de objetos sensibles para expresar los intelectuales; la invención y descubrimiento de nuevos objetos en las ciencias físicas y el reino de la naturaleza, hace también que nos sirvamos de un mismo nombre para significar diversos objetos: plácenos además el contraste ó la semejanza que nos ofrecen varios seres, y de aquí el gusto que nos causan las expresiones trasladadas. Empleando nombres propios de objetos sensibles para expresar los intelectuales, logramos hacer éstos perceptibles al espíritu, á la imaginación, y, en cuanto cabe, á los sentidos. La necesidad, pues, y el placer son las dos causas que han producido el lenguaje trópico; y como éste es completísimo en las metáforas, estas figuras son las más usadas.»

REGLAS PARA SU USO.

398. 1.^a La metáfora ha de versar sobre objetos conocidos, pero que no sea tanta la semejanza que entre sí puedan confundirse.

2.^a Debe ser digna, de tal manera que jamás se tome de objetos bajos ni indecentes.

3.^a Que cuando se usan metáforas atrevidas deben templarse, pidiendo gracia por la hipérbole, para que los oyentes no sean inducidos al error.

4.^a Sólo debe emplearse en obsequio de la verdad, sin permitir que el brillo de esta figura deslumbre de tal manera al auditorio que llegue á creer lo falso como á verdadero.

399. Hay hermosísimas metáforas en los escritos de los Santos Padres, de las cuales han sabido aprovecharse los oradores cristianos, las cuales saben al más delicado y acabado gusto de fina elocuencia: Masillón, en un sermón sobre la mezcla de los buenos y de los malos, dijo: «El justo puede condenar con fiadamente en los demás lo que él se prohíbe á sí mismo; sus instrucciones no se avergüenzan de su conducta.» Mas muchos siglos antes, como observa el Sr. Martínez y Sanz, ya Tertuliano había dicho: *Ne dicta factis deficientibus erubescant.* Y San Jerónimo á Nepomuciano: *Non confundant opera tua sermonem.*

400. Lo mismo que Flechier cuando dijo del insigne Macabeo: «Murió sepultado en su propia gloria;» ya siglos antes San Ambrosio, hablando de la muerte de Eleázaro, había dicho: *Cujus (elephanti) ruina inclusus magis quam oppressus, suo est sepultus triumpho.* Y muchísimas otras metáforas por las cuales los oradores modernos de primer orden fueron muy elogiados, mas cuya invención tan ponderada se debe principalmente á los Santos Padres, como se ve en el cotejo con ellos de muchísimas del célebre Bossuet, que tan bien supo aprovecharse del estudio de las obras de los Padres de la Iglesia, digno por ello de toda alabanza.

401. 2.^o **Sinédoque.** Resulta esta figura, cuando se aplica el nombre de un objeto á otro, fundando esa trasla-

ción, en la *coexistencia* de ambos objetos. Y como la razón de coexistencia es tan extensa, resulta que es indefinido el uso de esta figura: se acostumbra usar tomando el todo por la parte; la materia por la obra; el género por la especie; el plural por el singular; el signo por la cosa significada; los antecedentes por los consiguientes, y viceversa. En estos dos últimos casos es la figura *metalepsis*; v. gr., *no le callé nada*, esto es, *se lo dije todo*.

402. 3.^o **Metonimia.** Se funda en la sucesión de los dos objetos. Se comete tomando la causa por el efecto, y viceversa; el continente por el contenido; el nombre de un país por sus habitantes; el nombre del inventor por la cosa inventada; el autor de un libro por el libro mismo; y el instrumento por el agente; v. gr.: «Tráeme San Juan Crisóstomo,» esto es, sus obras; en cuyo lugar se ha puesto el nombre del autor.

403. 4.^o **Antonomasia.** Es cuando por excelencia se toma el nombre apelativo ó común en vez del propio, ó al contrario. Por ejemplo: «El Apóstol,» por San Pablo. «El Seráfico Patriarca,» por nuestro Padre San Francisco. «El Angélico Doctor,» por Santo Tomás de Aquino. También cuando se toma el nombre de la patria por el de sus famosos hijos; v. gr.: «El Nacienceno,» por San Gregorio de Nacianzo.

404. 5.^o **Onomatopeya.** Significa imitación de nombre, que consiste en la elección de voces que en algún modo imiten el sonido de la voz, ó el ruido que hacen las cosas que nombramos. Así decimos: El *gorjeo* de las aves; el *balido* de las ovejas; el *maullido* del gato, y el *graznido* del cuervo. Asimismo imitamos el ruido que hacen los objetos inanimados con el sonido de la palabra que formamos por cierta analogía; v. gr.: *El estampido* del rayo; el *crugido* de la nave; el *choque* de las armas; el *chisporroteo* del fuego, y el *bramido* de las olas.

405. 6.^o **Catacrexis.** Cuando empleamos una voz fuera ó en contra de su propio significado. Es decir: acomoda á las cosas que no tienen nombre propio, otro más cercano por alguna analogía; v. gr.: *Parricida*, el que mata á su madre; pues no teniendo otro nombre más cercano le ponemos

éste, aunque significa propiamente matar al padre. Así decimos: Salen dos *plumas* de agua; este libro consta de cien *hojas* de papel.

II. TROPOS DE PENSAMIENTO.

406. 1.º **Alegoría.** Es una serie continuada de metáforas, en donde las ideas accesorias descubren fácilmente el sentido. «Es un cuadro de doble vista, ha dicho el Sr. Sánchez Arce; por la representación de objetos conocidos nos conduce agradablemente al conocimiento de otros ocultos bajo emblemas.»

407. Lo veremos mejor con ejemplos. Es hermosa esta alegoría que de la fortaleza y prosperidad de la Iglesia bajo la figura de una nave hace el Padre San Agustín: «Después que esta nave ha sido edificada en Jerusalén y echada en medio de este mar tempestuoso, las montañas de entumecidas olas, y el ímpetu de los vientos enfurecidos, mientras la empujan de uno á otro lado, aportaron al litoral de todas las naciones de la tierra, y de allí condujo ella cuantas extrañas y preciosísimas mercancías encontró.» Y en seguida el mismo santo Doctor da la explicación de esta bellísima alegoría: *Naviculam Ecclesiam cogitate; mare, hoc seculum; ventum et fluctus, persecutiones*, etc. (Serm. 14 *De Verb. Dom.*). Las alegorías dan una incomparable belleza al discurso usadas con discreción.

REGLAS PARA SU USO.

408. 1.ª La **Alegoría** no debe mezclar el lenguaje trópico con el natural, sino que desde un principio presenta el sentido literal, hasta que al llegar al fin descubre por medio de una semejanza ó comparación lo que quiere expresar. Como en la arriba citada, concluye la suya San Agustín, diciendo: «Considerad que la navecilla es la Iglesia.» Igualmente decimos: «El hombre, después de sus floridos años, llega al invierno de la vida; ¡ah! los árboles al llegar al in-

vierno se despojan de sus hojas, se secan sus ramas, se endurece el tronco, pierden toda su hermosura, se cubren de espesas capas de nieve, y expuestos á los rigurosos fríos de tan cruda estación, no esperan sino la muerte. Esta es la vejez.» La semejanza de la vejez descubre la *alegoría*.

409. 2.ª Debe ser clara, á fin de evitar la oscuridad y embarazo; sin llevarla demasiado lejos, ni hacerla exagerada, para que no degenera en *enigma*. San Jerónimo reprehende el abuso de Orígenes sobre la *Alegoría*.

410. 3.ª Tener presente el doble cuadro que tenemos á la vista, persistiendo siempre en la misma semejanza empezada, no pasando bruscamente de una imagen á otra, dejando imperfecto el cuadro, y aun lleno de confusión; como si uno empezara con una batalla y acabase con una navegación.

411. 4.ª Deben presentarse imágenes conocidas, para que sea comprendida de todos. Así la catástrofe del juicio final bajo la figura de espantosos terremotos en los países andinos, nadie podría comprenderla bien sino los habitantes de esas regiones en la América, que con frecuencia han visto sus ciudades reducidas á escombros entre millares de víctimas, desplomados los montes, y abierta la tierra por todas partes en anchos y profundos boquerones. Será también una fuerte imagen para otros que en cualquiera otra parte del globo de ello hayan sido testigos.

412. Son hermosas las alegorías que encontramos en los Libros Santos, singularmente en el Antiguo Testamento. Los Profetas las ofrecen variadas, muy hermosas y de gran viveza, presentando siempre á Israel bajo mil figuras, ya como objeto de los castigos de Dios, ya de su misericordia. Isaías, cap. v; David, salmo LXXIX; Jeremías en sus Trenos; Apocalipsis, cap. III, v. 15, y tantísimos otros lugares. Las obras de los Santos Padres contienen de ellas un rico tesoro.

413. De este tropo se originan los *Proverbios*, en los cuales se dice una cosa verdadera en el sentido literal, para expresar otra en el metafórico, v. gr., para reprender al que sólo cuida de rezar cuando está en peligro: «El río pasado, el Santo olvidado.» Las *Parábolas*, que son historias fingidas verosímiles para sacar alguna moralidad. Las *Fábulas*,

que introducen como interlocutores las bestias, así como los árboles en el *Apólogo*. Los *Enigmas*, que en las expresiones ocultan artificiosamente el objeto que pretenden, para dejar el gusto de adivinarlo. Y los *Jeroglíficos*, que representan dos imágenes; la que se ve representa á lo que no se ve. Los colores expresan en éste, lo que en la Alegoría las palabras. Vienen á ser emblemas ó símbolos de las cosas significadas.

414. 2.º **Antífrasis**. Es cuando oculta un sentido del todo contrario al propio y literal. Se llama también *ironía*, cuando expresa todo lo contrario en tono de burla. Pasa á ser *sarcasmo*, cuando es una larga irrisión de un carácter sangriento, como insultar la desgracia, un cadáver y objetos dignos de compasión. Decimos por antífrasis de un pigmeo: Es un *gigante*; por *ironía*, de un necio: Es un *Salomón*; y usaban el *sarcasmo* los judíos al pié de la cruz insultando al Salvador: *Si Filius Dei es, descende de cruce.* (Matth. xxvii).

415. Requiere mucho tino y prudencia el uso de la *ironía* en el púlpito: rara vez deben usarse; nunca contra determinadas personas, y siempre contra los vicios. «Manejada con tino y delicadeza, dice el Sr. Martínez, es una censura merecida, vigorosa y muy severa.» En la Sagrada Escritura se usa esta figura en sus más vivos colores. La pintoresca ironía del Profeta Elías burlándose de los falsos Profetas de Baal es incomparable: *Clamate voce majori: Deus enim est, et forsitan loquitur, aut in diversorio est, aut in itinere, aut certe dormit, ut excitetur.* (III Reg. xviii).

416. 3.º **Perífrasis**. Que también se llama **circunloquio**, ó rodeo de palabras, que se usa cuando expresamos con muchas lo que podríamos hacer con pocas. Así decimos: «Un hombre que chupa la sangre de los pobres;» en lugar de *Un usurero*. «El Redentor de los hombres,» por *Jesucristo*.

417. La *Perífrasis* es de mucha utilidad, y sirve: 1.º A veces para no ofender el pudor, y revestir los pensamientos que de otra manera no podrían presentarse con la debida decencia; 2.º Para no herir la susceptibilidad de los que oyen, suaviza alguna proposición; 3.º Da luz y claridad á lo oscuro por medio de definiciones, que son otras tantas perí-

frasis; 4.º Adorna con los variados matices de las descripciones todo el discurso; 5.º Señala las personas de un modo indirecto sin nombrarlas; v. gr.: «El solitario de Belen,» por San Jerónimo. Para esto hay que acudir á algun incidente de su vida que sea de todos conocido.

418. Así como la *Perífrasis* es la sustitucion de una expresion sin alterar la sustancia; la **PARÁFRASIS** es una glosa ó comentario de una proposición que desenvuelve; v. gr.: «El hombre se atreve á insultar á Dios: es decir; la misma *nada al Sér omnipotente que todo lo sostiene.*» No sería bien conocida la distancia entre Dios y el hombre, sin la *Paráfrasis*, que es la última cláusula explicativa.

419. 4.º **Hipérbole**. Consiste en aumentar ó disminuir la cosa más de lo que es en realidad. En cierto modo viene ordinariamente á satisfacer una necesidad del espíritu y sus fenómenos en su manifestación. Queremos manifestar la velocidad de una cosa, y decimos: «Más veloz que el pensamiento.» Lo mismo se oye á cada paso: «Más brillante que el sol; más blanco que la nieve; quiere estar tan ancho que no cabe en casa.» La Sagrada Escritura nos presenta también varios ejemplos: *Saul et Jonathas amabiles...: aquilis velociores, leonibus fortiores*; esto es, *extraordinariamente*. Fué usada igualmente de los Santos Padres. San Crisóstomo alaba la piedad de la Emperatriz que durante la noche lleva procesionalmente las reliquias de los mártires en medio de su numeroso pueblo: *Et sursum quidem in cælum aspicientes lunam videbamus et stellas in medio, infra vero fidelium multitudinem, et LUNA SPLENDIDIORUM in medio Imperatricem eundo.* (Hom. 2, ad pop. Const.).

420. La *hipérbole* es, pues, una expresión valiente sobre un objeto notable, la cual desahoga nuestros afectos y sentimientos dándoles el alcance que deseamos, siendo comprendidos fácilmente de los otros sin que caigan en error, ni en nosotros pueda reputarse una mentira. Atendidos los antecedentes y consiguientes en el discurso, todo el mundo entiendo los límites de esta atrevida y altisonante figura, sin que pueda haber equivocación. Y ved porque se entienden perfectamente las hipérboles que han usado los Santos Padres y las mismas Sagradas Escrituras.

421. Por medio de la hipérbole pueden aumentarse las cosas de cuatro modos:

1.º *Por demostración*: «Ese orador es un Cicerón.»

2.º *Por semejanza*: «Ese ermitaño vive como un Pacomio.»

3.º *Por comparación*: «Pedro es más listo que una ardilla.»

4.º Tomando el *abstracto* por el *concreto*: «Antonio es la misma generosidad.»

422. Viendo que la naturaleza de la hipérbole tiende á lo extraordinario á fin de ponderar y abultar los objetos, efecto todo esto de pasiones vehementes que nos agitan, el predicador debe ir con mucha prudencia y delicado gusto para saber usarlas bien, pues una imprudencia podría hacerle caer en lo extravagante, perjudicando su noble ministerio. Los jóvenes sobre todo, por la fogosidad de sus pasiones, deben ir con mucho cuidado en prodigarla, y mucho más en abusar de la hipérbole, pues tales exageraciones consideradas siempre conducirían á rebajar el mérito de la predicación; pues no pocas veces producen la confusión en el ánimo de los oyentes, llegando á oscurecer asuntos tan grandiosos de nuestra Santa Religión con el velo de una continua *hipérbole*.

LECCIÓN XXXII.

Figuras lógicas ó de enseñanza.

SIRVEN PARA INSTRUIR.

423. 1.ª *Distribución*. Es cuando una proposición se distribuye en todas sus partes para esclarecer el asunto. Ejemplo: El P. Ráulica, en su sermón de la gracia, para probar que ésta transforma totalmente al hombre, emplea

esta figura: «*Y en efecto, dice, la divina levadura no queda circunscrita y limitada en una parte del sér humano, penetra en todos los sentidos*: opera sobre lo intelectual, y lo esclarece; opera sobre el corazón, y lo limpia y purifica; opera también sobre los sentidos, y los doma y santifica; y no cesa de obrar hasta que hace fermentar el sér humano por un calor sobrenatural y divino: *Donec fermentatum est totum.*»

424. 2.ª *Pretermisión*. Aparenta pasar en silencio lo que en realidad está manifestando más de lo que se proponía: «¡Nada diré de su lujuria, nada de su insolencia, nada de sus maldades y torpezas; sólo hablaré de sus usuras y concusiones...!» Cicerón contra Verres. Con esta figura lo dijo todo. La *Reticencia* es el silencio.

425. 3.ª *Licencia oratoria*. Es cierta manera libre usada por el orador. Esta no autoriza al orador para que desde el púlpito trate con atrevimiento y descaro al auditorio, pues sería una reprobable insolencia; sino que consiste en manifestar sin respetos humanos alguna verdad que puede desagradar á los oyentes, usando de buenas maneras. Es del todo magnífica, enérgica, la apóstrofe de San Pedro con la cual echa en cara á los judíos las maldades y villanías que cometieron con Jesucristo; allí va la verdad clara y patente sin ningún embozo: «El Dios de vuestros padres ha glorificado á su Hijo Jesús, al que vosotros entregásteis y negásteis ante Pilatos, cuando él juzgaba que debía ser puesto en libertad. Mas vosotros negasteis al santo y justo, y pedisteis se os entregara libre al hombre homicida; pero matasteis al autor de la vida, al que Dios resucitó de los muertos, de lo cual nosotros somos testigos.» ¡Qué elocuencia de fuego! Pedro habla, y no esconde la verdad, ni la menor parte de ella; mas como predica para convertir las almas, y esta libertad apostólica podía ser mal recibida, ved cómo al mismo tiempo suaviza de un modo admirable esta *licencia oratoria*: *Et nunc, fratres, scio quia per ignorantiam fecistis, sicut et principes vestri*. Y después concluye su sermón con aquella hermosa peroración: *Pœnitimini igitur, et convertimini ut deleantur peccata vestra*. Y se convirtieron cinco mil personas. Todo esto se encuen-